

VERONICA LOWRY

LA
DAMA
se DECIDE


VESTALES

Lowry, Veronica

La dama se decide / Veronica Lowry. - 1a ed. . - San Martín : Vestales, 2017.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-3863-94-3

1. Novelas Históricas. 2. Novelas Románticas. I. Título.
CDD 863

© Editorial Vestales, 2017
© de esta edición: Editorial Vestales.

info@vestales.com.ar

www.vestales.com.ar

ISBN 978-987-3863-94-3

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2017

Todos los derechos reservados.
Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,
bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,
y la distribución de ejemplares de ella
mediante alquiler o préstamos públicos.

*Para C.H., a quien dedico esta novela con respeto,
admiración y el más profundo e imperecedero de los cari-
ños.*

*En el fluir constante e irreversible del tiempo,
lo permanente eres tú.*

CAPÍTULO I

Primavera de 1856.

—Minnie, ¿dónde estás?

La mujer rubia y rolliza que se había estado desplazando con inusitada agilidad de cuarto en cuarto y que, en ese momento, subía la escalera a la planta superior recibió como respuesta el silencio más absoluto.

—¡Minnie! Respóndeme ya, muchacha haragana, ¿dónde te encuentras?

Con el impulso del enojo, ingresó de golpe en la oficina que daba casi sobre la escalera y se detuvo solo cuando llegó a la ventana; desde allí observó en derredor en busca de su sobrina a quien llevaba más de veinte minutos tratando de hallar para que limpiara la oficina de la señorita Emily y el despacho del señor Baker, que no tardarían en llegar para iniciar una nueva jornada en la agencia.

Resopló y luego sacó de su delantal cargado de bolsillos un trapo para empezar a repasar los muebles. Con gesto cada vez más distendido a medida que dejaba salir la presión de su enfado en la tarea mecánica de todos los días, se puso a pensar en las rarezas de la vida que, para los que trabajaban en la Agencia de Investigaciones Essex,

propiedad de Adam Baker, implicaban tratar de saber algo, lo que fuera, sobre el misterioso pasado de la exquisita dama que, cuatro meses atrás, se había presentado a una oferta de trabajo que el señor Baker había hecho por medio de un periódico para cubrir el puesto de asistente. Por extraño que en su momento le hubiera parecido, el jefe le había dado el empleo a la joven dama de admirables ojos dorados y educación impecable que tenía el raro don, descubierta al poco tiempo de trabajar allí, de leer escenas donde se habían cometido delitos y sacar las más extrañas –aunque correctas– deducciones que habían permitido solucionar casos que terminaron en las páginas de El Investigador Independiente, un pasquín popular en el que se contaban todas las resonantes investigaciones que los agentes de Essex realizaban y resolvían con admirable eficiencia.

La señora Walloski, tal el nombre de la mujer de edad mediana que en ese momento repasaba el tintero de la señorita Randolph, recordó los primeros tiempos de la dama en su trabajo, así como la completa dedicación y fidelidad que daba a las labores y confianzas –respectivamente– del señor Baker a quien, no cabía duda, admiraba profundamente y respetaba como a ninguno. La joven dama sola se había encargado de tomar en sus manos la casona sucia y descuidada que había adquirido el señor Baker para establecer su agencia y la había transformado en poco más de un mes –siguiendo el sueño del hombre– en un lugar ordenado, limpio y de calidad que estaba más acorde con las aspiraciones del jefe de crear una organización de primer nivel que atrajera a clientes de niveles sociales más altos, mejor conectados y con mayores influencias y medios, de modo que los agentes pudieran resolver casos importantes.

Pero no todo había sido fácil para la joven dama, rememoró la señora Walloski con una mueca. Su capacidad e inteligencia, y la reconocida debilidad del señor Baker con

ella, había sido la piedra de la discordia con los agentes que la veían intervenir en sus casos a pedido del jefe y llevarse los laureles gracias a la peculiar habilidad que, aunque trataba, no podía ocultar.

La señora Walloski dejó el tintero sobre el escritorio y se detuvo por un momento con el ceño fruncido: sí, al principio había sido duro para la pobre acomodarse a su nueva situación; no dudaba el ama de llaves de que una mujer capaz como la señorita Randolph, acostumbrada a ser obedecida y asistida en todo, así como a estar rodeada por gente de su mismo nivel y calidad, habría hallado en su nueva vida serios obstáculos para adaptarse a los agentes, procedentes de las clases más humildes y portadores de pasados difíciles. Sin embargo, la señora Walloski había sido testigo de cómo, tras algunos golpes y encontronazos, se había adaptado, y los agentes habían terminado por quererla sin reservas por su dulzura y su generosidad. Vamos, si hasta había al menos tres de ellos que estaban muy enamorados de la joven...

La entrada del objeto de sus pensamientos la trajo de golpe al momento presente. La saludó como todas las mañanas; como todos los días, la refinada señorita Randolph le dirigió una sonrisa relumbrante y le dio un beso en la mejilla. La vio quitarse los pesados anteojos de metal con vidrios oscuros que velaban su mirada áurea, el delicado sombrerito con velo, sin duda de diseño francés, los guantes y la chaqueta –todos a tono– que dejaba ver un vestido azul de terciopelo sobrio y elegante con delicado encaje de Bruselas en puños y cuello. Colgó todo en el perchero, y el último movimiento antes de acercarse al escritorio fue acomodarse el cabello castaño claro con matices dorados que llevaba sujeto en la nuca con un moño del mismo terciopelo del vestido, adornado con hilos plateados.

Antes de dejar la oficina con la promesa de un té, la señora Walloski la miró por última vez: "Es claro que todos estén algo enamorados de ella: son hombres sanos que no pueden dejar de admirar esos ojos almendrados del color de la miel dorada, los labios rosados y atractivos o la expresiva mirada que, de un tiempo a esta parte, se ha cargado de una afectividad que, sin duda, se debe al vínculo que se está formando entre la dama y los agentes..."

—Señora Walloski, Emily, buenos días —saludó con voz fuerte y grave el hombre de gran estatura, vestido con esmero, que dirigió a la joven dama una sonrisa abierta y feliz.

—Buen día, señor Baker —saludaron las mujeres al unísono. La mayor aprovechó para salir en dirección al despacho adjunto, conectado por una puerta, para repasarlo rápidamente.

Sin otra cosa que hacer, Adam se sentó de costado en una esquina del enorme escritorio de su asistente mientras esperaba que el ama de llaves concluyera su tarea. Durante unos minutos, se dedicó a observar a la joven, que había elegido como algo más que una empleada, con una mirada de declarado amor en los ojos. Desde que la había conocido aquella vez de la entrevista para el puesto de asistente, luego de los escasos meses en los que había demostrado una energía y capacidad extraordinarias en el trabajo, amén de las cualidades de observación comprobadas una y otra vez en los casos que resolvió con los agentes, el señor Baker se había rendido incondicionalmente a los sentimientos que ella le provocaba. No hacía ni dos semanas que había tenido su primera oportunidad de conquista cuando la había llevado a ver *Il Trovatore* y a cenar, por lo que ya se sentía confiado de que, a pesar de las diferencias fácilmente señalables entre ambos, podía ganarse su corazón. ¡Qué

perfecta conclusión de sus sueños sería casarse con ella! Lo comprendía como nadie, estaba siempre a su lado asistiéndolo cuando lo necesitaba y era maravillosamente dulce y generosa... Aunque no debía olvidar el pequeño asunto de su pasado que ella misma le había confesado con lágrimas en los ojos en el restaurant después de la ópera: pertenecía a una familia aristocrática y había tenido que dejar su casa por una diferencia con su padre, alguien que, en vista de la cuidada educación de la hija, no dudaba que detentaba una posición social y económica de alto nivel. Ese podía ser un obstáculo, considerando que era evidente que Emily aún tenía la esperanza de volver al hogar, pero Adam decidió con su habitual optimismo y determinación que le ofrecería todo lo que ella necesitase para retenerla junto a él.

El sonido de la puerta que se cerraba de golpe y las voces masculinas que se hacían más claras y fuertes a medida que se acercaban le avisaron que los agentes ya habían llegado a la reunión que tenían programada para revisar los casos en los que se hallaban trabajando y las nuevas asignaciones.

Con su habitual eficiencia, mientras él se hallaba perdido en sus pensamientos, la joven asistente ya había preparado las carpetas para cada uno de los investigadores y se había dirigido al despacho del jefe para organizar la mesa de reuniones. Uno a uno fueron entrando los hombres a la oficina plena de toques femeninos; todos menos el que él esperaba. Suspiró con tristeza; ¿dónde diablos se había metido Roy? Desde aquella discusión que habían tenido por Emily y su influencia sobre todos ellos, no lo había vuelto a ver, lo que lo preocupaba sobremanera si se consideraba que Roy ya no era el de antes. Su mejor amigo, el que lo había acompañado desde sus inicios en la policía, el que se había comprometido con él para ayudarlo con su sueño, había caído seis años atrás en la bebida como consecuen-

cia de un desengaño amoroso por culpa de una dama que lo había usado volviéndolo un misógino acérrimo. El alcohol había destruido a uno de los mejores investigadores que conocía el submundo criminal de los barrios bajos de la capital. Adam trataba de cuidarlo y protegerlo, las más de las veces del mismo Roy Balling. Lamentablemente, las pocas averiguaciones que había podido hacer en los momentos escasos que le dejaba el trabajo de la agencia no habían dado ninguna respuesta.

Meneó la cabeza antes de pasear la vista por cada uno de los hombres que esperaban para entrar en la oficina principal: en la silla para los clientes, estaba Abe Puños Jones, con la expresión ceñuda que le era habitual, su cuerpo sólido y musculoso de boxeador callejero encajado a presión en el asiento. Un hombre confiable al que le encomendaba, siempre que lo necesitaba, la protección y vigilancia de su nuevo tesoro: Emily.

Junto a él, sentado en el borde del escritorio, se hallaba el más joven, Louis Montrose, llamado por todos "Sonrisas" por su afabilidad, el experto con las armas que le había enseñado a su asistente cómo disparar y que se jactaba ante todos de ser su "amigo". "Vaya desfachatez", pensó algo molesto Adam, aunque no tardó en aceptar que era indudable que los dos jóvenes se llevaban muy bien: compartían edad, salidas, secretos y encuentros con una complicidad alarmante. De todos modos, Adam no olvidaba que Montrose era un joven respetuoso y correcto, de una inocencia y bondad similares a las de Emily, de la que estaba evidentemente enamorado. En resumen, Adam no creía que fuera un rival por más que se hallase siempre a su lado.

Cerró los ojos un instante para borrar ese pensamiento y cuando volvió a ver, su mirada cayó sobre Jack Primm. Ese sí hubiera podido ser un antagonista con artimañas difi-

ciles de empatar para conquistar a una mujer... que no fuera su Emily. Su apostura y su pasado de gigoló de gran éxito con las mujeres así lo sugerirían, pero, gracias a Dios, estaba en una relación seria y profunda con una dama de extraordinaria belleza —que equiparaba la del Dandi Primm—, la que había superado un pasado como cortesana tras la muerte de su marido, ocupación a la que se había dedicado para sustentar a su hija y pagar las deudas de juego que el hombre le había dejado.

Suspiró otra vez y volteó para ver al último de “Los Cinco”, como había bautizado al grupo de agentes con los que había comenzado a construir su agencia seis años atrás.

Bertrand el Monje Calvert. Imposible decir qué pasaba por la cabeza del hombre solo con verle la expresión. O más bien la falta de ella. Estaba seguro de que ni siquiera Emily podía leer ese rostro a pesar de su habilidad. Todo lo visible en él era una expresión melancólica y oscura, grabada a fuego en sus facciones, que la terrible experiencia de haber matado por accidente a un compañero de armas le había dejado.

—Ya está todo listo, señor Baker. —Escuchó la voz cultivada de modulación perfecta y tono exquisito y comprobó que, al igual que él, todos los hombres habían volteado hacia la joven como girasoles hacia el astro rey. Le bastó una mirada lateral para ver los rostros iluminados y las sonrisas que asomaron a los labios masculinos cuando Emily saludó a uno por uno. Hasta Calvert reaccionó con una media sonrisa a la presencia femenina.

Mientras entraban a su despacho, Adam trajo a su memoria la última vez que había hablado con Roy sobre ella:

—No, Roy, no vas a convencerme: tú mismo lo viste. Su sola intervención “renueva los bríos” de los otros agentes. Todos, incluido tú, reaccionaron a su teoría.

—El Monje es inteligente y no necesita de ella para trabajar bien.

—Por supuesto, pero tú fuiste testigo directo de las chispas que saltan cuando ella interviene.

—Sí, pero esas chispas tienen otro origen, Adam, no te equivoques.

—¿Qué insinúas?

—Yo no insinúo, digo de frente. ¿Escuchaste al cachorro de Montrose tutearla? Ella no dijo nada.

—No se dio cuenta.

—Cuando no quieres ver algo frente a tus narices...

—Te equivocas. Además, he estado pensando en entrenarla para aprovechar mejor su capacidad.

—¿Te has vuelto loco?! ¡¿Entrenar a una mujer como ella?! Una dama de sociedad. —Había escupido las palabras entre dientes.

—Roy, no mezcles tu historia personal con Emily.

—¡Ja! La llamas “Emily” con voz de borrego enamorado; ya veo, has caído como los otros estúpidos. ¿No te das cuenta? Es por eso que no hay mujeres en trabajos como el nuestro, distraen, enturbian. Lo que ella descubrió lo habríamos encontrado eventualmente.

—No lo pongo en duda, pero les ahorró tiempo y esfuerzo. Basta ya, Roy, esto no lleva a ninguna parte. Lo único que te pido es que te comportes decentemente con ella, deja de molestarla.

—¿Yo la molesto?! Vaya, vaya, creí que era tu amigo, pero veo que no. Déjame decirte algo, Adam, y tú sabes que lo aprendí por dura experiencia propia —había señalado con amargura—: Cuando una falda se cruza entre amigos, el resultado es terrible para ellos.

—Vamos, Roy, Emily no es...

Enfurecido, Roy se había ido dando un portazo. A Adam le había quedado una sensación incómoda que ahora volvía a sentir tras días de no ver a su amigo de nuevo.

* * *

No podía, sabía que le era imposible y que todos se darían cuenta, pero no podía evitarlo. Si dejaba de mirarla por un momento, estaba seguro de que despertaría del sueño maravilloso que había tenido y que todo sería como antes: las largas noches solitarias, la búsqueda constante de un sentido a su vida, la necesidad del afecto.

Bertrand seguía cada movimiento, cada gesto de la joven de azul y se deleitaba admirando su porte, el cabello claro, el talle firme y esbelto, las manos de movimientos gráciles, los pozos de oro de sus ojos; de pronto, ella giró apenas el rostro hacia él y delineó una tenue sonrisa cómplice en los suaves labios. Sintió que el corazón se le detenía en el pecho por un breve instante. Gracias a Dios, si-

guió latiendo porque no quería perderse ni un instante del recuerdo. Guardaría la expresión femenina en su memoria para evocarla cuando los recuerdos de tragedias pasadas intentaran sobrepasarlo. Y guardaría también el inocente beso de despedida del día anterior tras haberle declarado sus más profundos sentimientos hacia ella.

Parpadeó lentamente una vez mientras se sumergía en el recuerdo de cada segundo después del último intercambio de palabras que habían tenido en esa oportunidad: había mirado hacia atrás para verificar que la señora Zachary y Jones no estuvieran a la vista y al no tener noticias de ellos, había aprovechado para tomar la mano de Emily y apretarla. La cálida mirada lo había envuelto mostrándole un generoso corazón. Sin poder contenerse, había tirado de ella para acercarla, y la joven había levantado una mano para interponer una pobre protección ya que la palma había terminado laxamente apoyada en el pecho masculino. Había bajado la cabeza hacia la boca dulce, pero, en un pensamiento de último segundo, se había desviado y había besado la piel suave junto a la comisura. Para su sorpresa, ella lo había dejado hacer. Evocó con placer el momento en que él había intentado separarse y la pequeña mano en su pecho lo había detenido atrapándole la solapa de la chaqueta para sostenerse cuando se puso en puntas de pie. Había visto cómo los labios tibios, apenas húmedos, subían hasta su mejilla y le habían dado un beso que, aunque breve, se había prolongado una fracción de segundo más de lo apropiado. Sintió de nuevo el estremecimiento que ambos habían experimentado cuando se habían separado. Por respeto hacia ella, se había apresurado a cabecear un saludo y se había dirigido hacia su compañero pensando que tendría que dar una buena caminata hasta su cuarto para calmarse. Sí, recordaba también haber gruñido para sus adentros

mientras aceleraba el paso por Dame hacia Rheidol, dispuesto a estropear la despedida de Jones como represalia por haberlo dejado solo en un momento difícil.

Sonrió con el recuerdo, pero se puso serio enseguida; en los pocos pasos que lo habían separado de la otra pareja, Bertrand había meditado en la promesa de los ojos femeninos y había pensado: "¿podría ella cumplir con lo que ofrecían sus ojos?". Se había jurado a sí mismo que haría todo lo posible para conseguirlo, aunque, a solas en su cuarto, la vieja inseguridad había vuelto. No la merecía; Emily no era uno de ellos, y había hombres más dignos que él para aspirar a su amor. ¿Qué podría ofrecerle que superara lo que ella era y le correspondía por nacimiento y merecimientos?

El carraspeo de Baker para dar inicio a la reunión lo devolvió a la realidad. Fue el primero en presentar el estado de su caso con un corto resumen para sus compañeros: un señor Josiah Trenton había solicitado los servicios de la agencia a fin de que se ubicara a su sobrina, Abigail Trenton, de la que no tenía noticias. El señor Trenton, quien vivía en Surrey, había llegado a la capital por negocios y, en una corta visita a su hermano, con el que poco se hablaba, había notado la ausencia de la sobrina. Cuando había inquirido sobre ella, su hermano y su cuñada se habían negado a responderle. Solo le habían dicho que ese nombre no se mencionaría más en la casa, lo que había alarmado mucho al hombre y lo había llevado a buscar una agencia de investigaciones.

El mismo día de la salida juntos, Emily y Bertrand habían entrevistado en la agencia a la anciana mujer que había sido niñera de la joven desaparecida, la que había respondido las preguntas de ambos en medio de un mar de lágrimas. Su nombre era Jane Thomas y había criado a los cua-

tro niños Trenton, de los cuales Abigail, la menor, había sido siempre su favorita. La pequeña había crecido alegre y despreocupada, poco atendida por sus padres, algo coqueta y vanidosa, aunque inocente y de noble corazón. A los quince años había conocido a alguien del que decía haberse enamorado y, a pesar de las advertencias que la mujer le había hecho, la pobre joven se había dejado seducir por el hombre que resultó ser casado. Pronto se enteraron las dos de que estaba encinta y, cuando ya no pudieron ocultarlo, la niña se lo confesó a su madre sin denunciar al seductor. El señor Trenton se había puesto furioso y la había echado diciéndole que ya no era su hija y que su deshonra no mancharía a la familia. Todo había sido muy triste y doloroso; por un tiempo, nadie había tenido noticias de la pobre muchacha hasta que unos meses antes del nacimiento del bebé, Abby le había escrito a su niñera.

Según habían podido establecer de la charla, la señora Thomas solo había guardado la última misiva que le había enviado tras destruir las anteriores por miedo a que el señor Trenton las descubriera y la echara a la calle. Con expresión dolida, la mujer le había contado que, en la última nota, la muchacha le había hablado del nacimiento del pequeño Cole y que ella le había enviado dinero y algunas ropitas –como en otras oportunidades anteriores– a una oficina de correo de la calle Packington.

En vista del sincero afecto que la anciana demostraba por la chica, Bertrand se había permitido comentarle que la investigación había sido solicitada por su tío, lo que había provocado lágrimas emocionadas y bendiciones varias de la niñera para el hombre. El agente esperó a que la mujer se calmase antes de preguntarle si conocía a una señorita Mary Levitt. La señora Thomas creía haber oído el nombre, pero no podía aseverarlo por lo que Bertrand le pidió que buscara información entre las pertenencias de la joven. La